CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

AÑO II | BUENOS AIRES, 11 DE MARZO DE 1899 | N.º 23

FARO DE SALVACIÓN



Sus treinta comidas con los del «Zenteno»,
por un mar de platos le hicieron bogar,
dejándole al pobre, de lastre tan lleno,
que todos le auguran un fin nada bueno,
si al faro que avista no logra arribar.

NUEVOS PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN (Pagadera por adelantado)

EN LA CAPITAL

Trimestre	$ 2.50
Semestre	» 5.00
Año	» 9.00

Número suelto.... 20 centavos
Número atrasado 40 centavos

NOTA.—A los suscriptores de semestre y año que hayan satisfecho su abono con arreglo á nuestra primera tarifa, se les acreditará la diferencia, prorrogándoles el término de la subscripción.



SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

APARECE LOS SÁBADOS

DIRECCIÓN, REDACCIÓN y ADMINISTRACIÓN

MAIPÚ 392 — BUENOS AIRES

UNIÓN TELEFÓNICA 2316

NUEVOS PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN (Pagadera por adelantado)

EN EL INTERIOR

Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 6.00
Año	» 11.00

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro 1.80
Semestre	» 3.50
Año	» 6.00

Para el exterior rigen los mismos precios á oro

Avisos desde un peso por publicación
Avisos en negro y al cromo á precios económicos

Avisos económicos: Un peso mensual

EL INCENDIO DE LA CASA J. MONDELLI Y HNOS.

El 8 del mes ppdo., á las 6 de la mañana se produjo —como se recordará—un gran incendio que pudo tener más desastrosas consecuencias, sin la oportuna y eficiente acción del Cuerpo de Bomberos.

La gran casa comercial de *J. Mondelli y Hnos.*,



Entre los escombros de los galpones

situada en la calle Perú (números 326 á 338), fundada en 1845, la más antigua en Buenos Aires y acreditada en su género, amenazaba ser consumida por el voraz elemento, así como las inmediatas, entre las que se encuentra la Casa de Correos.

Felizmente, hablando en sentido relativo, el siniestro no tomó las alarmantes proporciones que eran de esperarse, causando sólo pérdidas por valor de setenta y cinco mil pesos oro, que tenemos entendido han abonado ó están para abonar las compañías de seguros «La Royal», «La London Assurance», «La Estrella», «La Manchester» y «La Italia», lo que acredita la buena reputación de la firma comercial *J. Mondelli y Hermanos.*

Y no podía ser de otra manera.

El señor Juan Mondelli, jefe de la casa, persona honorabilísima, quiere á nuestra patria como á Italia, que le vió nacer; ha formado en Buenos Aires su familia, su fortuna, que es considerable, y ha tenido para la República Argentina rasgos de gratitud entusiasta como lo demostró prácticamente en 1879, con motivo de la primera Exposición Italiana, de cuya comisión fué nombrado presidente honorario.

Se dudaba del éxito pecuniario, trepidaban los más atrevidos, y la iniciativa estaba á punto de quedar sólo como un recuerdo, cuando Mondelli se declaró responsable de todas las pérdidas, caso que las hubiese, é hizo verdad su ofrecimiento, firmando un cheque en blanco, que podía ser llenado con la cantidad necesaria hasta donde llegase su fortuna.

Este hecho no necesita comentarios. La Exposición tuvo lugar, y su buen éxito sobrepasó las más óptimas esperanzas.

La casa J. Mondelli y Hnos. es introductora de artículos de pinturería, cristales, vidrios dobles, sencillos, rayados, de piso y para templos, varillas de todas clases para marcos de cuadros, papeles pintados para paredes desde los más baratos á los de la clase más superior, como ser de fantasía, etc., pinturas al óleo y al temple, cabullería en general, barnices, aceite, aguarrás, colores especiales para mosaicos, y

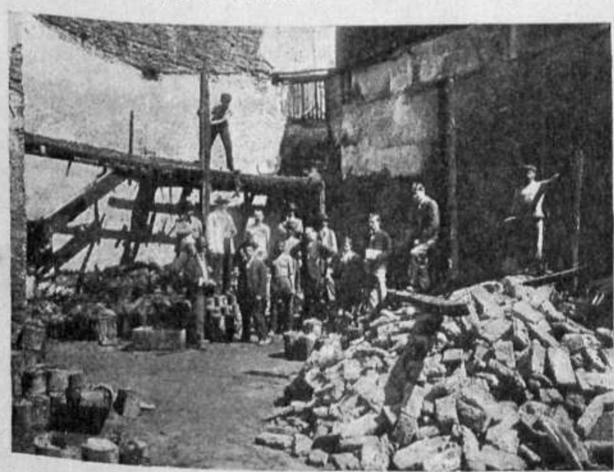


Las ruinas del depósito

posée un completo surtido para artistas pintores; modelos, telas y porcelana para pintar, etc. Tiene su oficina central en la calle Perú 325 á 338, casilla de Correo número 287, Unión Telefónica 275 y Cooperativa 104. En este local se van á hacer grandes reparaciones á fin de que el inmenso surtido de mercaderías almacenadas presenten mejor aspecto y el público transeúnte pueda admirar la variedad de cuadros, papeles pintados, etc.; la sucursal está situada en *Charcas 1325*, y los grandes talleres á vapor, de biselados artísticos sobre cristales y fábrica de espejos en la calle *Centro América núm. 475.*

Todo lo que significa industria nacional, debe merecer siempre la atención pública, sobre todo cuando, como en el caso presente, va unido al esfuerzo comercial un nombre tan meritorio como el de los Mondelli.

MERCURIO.



Los últimos restos


VINOS DE LA RIOJA
(ESPAÑA)
ESPECIAL PARA MESA
de las Acreditadas Bodegas de
FELIPE UGALDE
EN HARO
Unicos Introductores
A. CARIDE (hijo) H.no Y C.ia
VENEZUELA 859
Marca Registrada



1 — Pero, hijita, ¿qué te sucede? ¿Por qué estás triste? ¿Por qué te pasas el día llorando?



4 — ¿Cuál de esos es el que más te gusta?
— Ese de oro mate con las tapas esmaltadas. ¿No te parece el más lindo?



2 — Porque prometiste comprarme un reloj en lo de Manuel Escasany, y no cumples tu promesa.
— Bueno, pues mira, ahora mismo vamos á salir á comprarlo. Vístete.



5 — Sí que lo es; pero me huele á que va á ser caro. Vamos á entrar para ver lo que nos piden.



3 — ¿Que si volveré á llorar? ¡Nunca! Al contrario, te prometo vivir siempre risueña. Con tu cariño y el reloj Escasany me consideraré la más feliz de las esposas.



6 — Al fin te saliste con la tuya. ¿Dudarás ahora de mi amor?
— Nunca, esposo mío; en este reloj veré siempre la mejor prueba.

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

EUSTAQUIO PELLICER
REDACTOR

JOSÉ S. ÁLVAREZ
DIRECTOR

MANUEL MAYOL
DIBUJANTE

AÑO II — BUENOS AIRES, 11 DE MARZO DE 1899 — N.° 23



LA PARTIDA DEL «ZENTENO»

Breves días fué nuestro huésped el crucero chileno «Zenteno», y sus tripulantes, al alejarse de Buenos Aires, llevarán en la memoria el recuerdo de esta gran ciudad, que les recibió con alborozo, agasajándoles no tal vez como deseara sino como lo permitieron el tiempo y la estación.

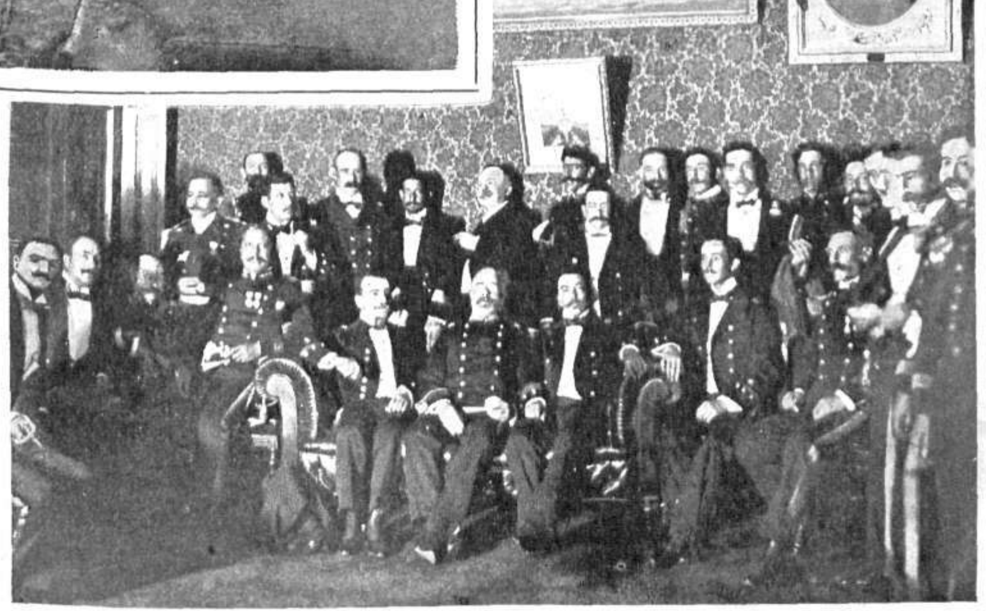
Banquetes de jefes y oficiales y de marineros y clases, paseos campestres, recepciones en el Club Naval, excursiones callejeras, de todo hubo y en todos los actos resplandeció la alegría con que eran acogidos los distinguidos huéspedes.

Durante los últimos días, la dársena Sur fué el paseo de moda y nunca faltaba ante la borda del crucero una buena cantidad de público que iba á visitar el barco chileno y que era tratado por los huéspedes con exquisita amabilidad.

Los marinos de casa, celosos como son del buen pie de nuestra escuadra, reconocieron, no obstante, sin esfuerzo, que los huéspedes, si bien no encontrarían mucho que criticarles, tampoco hallarían mucho de qué asombrarse, pues ambas marinas están familiarizadas con las últimas creaciones de la ciencia en su ramo.

Según las impresiones manifestadas por los huéspedes, Buenos Aires ha dejado en su ánimo gratos recuerdos y su opinión respecto á nuestros marinos no puede ser más favorable.

Deseamos á los distinguidos huéspedes un feliz viaje de regreso y que los lazos de amistad que han sabido crearse en la sociedad porteña sean duraderos.



Los oficiales chilenos en el Centro Naval

Fot. de Caras y Caretas y de *Barran y Fuentes.*



No hay nada más terrible en el mundo que un agasajo oficial. Instituído el banquete como el mejor testimonio de afecto, no se concibe llegar al corazón de la persona á quien se estima, sin hacer antesala en su estómago, y todo se vuelve vaciar en él *menús* y más *menús*, hasta conseguir, si es posible, que sobrevenga un cólico de cariño y el obsequiado se vaya al otro mundo con el alma henchida de gratitud y los intestinos anudados.

Por eso nos mueve á compasión todo el que por algún concepto se hace digno de la galantería oficial y se ve en el duro trance de tener que experimentarla en su forma más ostensible, ó sea dejándose cebar como un pavo.

Cuando supimos que el «Zenteno» se dirigía á Buenos Aires, y que á sus jefes y oficiales se les preparaba un cariñoso recibimiento, exclamamos con el más profundo dolor: «¡Pobres marinos chilenos! La cortesía de nuestro país os ha puesto en el rumbo del empacho. Cien cocineros os aguardan, cucharón en ristre, para demostraros la simpatía que por vosotros siente este pueblo.

Disponeos á derrochar jugo gástrico en aras de la confraternidad chileno-argentina, demostrando que si geográficamente necesitan de límites ambas repúblicas, vosotros no los reconocéis para la digestión».

Y en efecto, no los han reconocido, pues durante su permanencia entre nosotros, ni por un solo momento dejaron de masticar. Banquete por la mañana, banquete al mediodía, banquete por la tarde, banquete por la noche y *lunch* á la madrugada.

Y cuatro ó cinco brindis en cada banquete, á guisa de peptona.

¡Qué esófago resistente y qué mandíbulas abnegadas!

¿De qué no puede ser capaz, en punto á heroicidades, un defensor de la patria que tales atracones soporta en representación de ella?

Pues no digamos nada de los que se estarán dando los oficiales de la *Sarmiento*, con quienes, según parece, tratan los chilenos de ganar el *record* de la hospitalidad nutritiva! Si no han reventado á estas horas, será porque Dios es grande y la barriga de ellos del mismo tamaño que Dios.

Claro es que no sólo por el afecto se dan estos banquetes, pues también sirven para demostrar el adelanto de las artes culinarias, con el que mejor se pone de manifiesto el grado de cultura de un país.



¿Por qué Francia va á la cabeza de las naciones civilizadas? Pues por su cocina, y prueba de ello que todo el mundo guisa en francés.

Ahora, precisamente, acaba de descubrir un nuevo manjar que tiene alborozados á todos los gastrónomos *chic*. No sabiendo cómo satisfacer las exigencias, cada día mayores, de sus paladares delicados, ha conseguido hacer figurar en el menú, platos compuestos de toda clase de flores.

Es necesario, pues, que este progreso alimenticio se luzca pronto en nuestros comedores, para que los primeros huéspedes á quienes tengamos que agasajar, vean que también hay aquí quien sepa hacer unos claveles á la milanesa, y unos lirios saltados, y unos heliotropos á la vinagreta, y unas magnolias estofadas, y unos mirtos pasados por agua, y unos nardos á la *maître d'hôtel*, y unas azucenas con tomate, y unos jazmines á caballo.

Sobre ser viandas de última moda y por lo tanto de gran tono, tienen la ventaja de ser baratas para el gobierno, pues todos los jardines públicos pueden servirle de mercados.

También á nosotros nos resuelve un gran problema ese nuevo régimen de alimentación que viene á sustituir el almacén por la maceta, pues malo ha de ser que no podamos abastecernos de nuestros propios tiestos, aunque no todos los días nos demos el lujo de echar en la olla orquídeas y crisantemos.

¡Qué revolución va á causar en las prácticas sociales ese descubrimiento de la cocina francesa!

— Señorita, ¿me hace usted el honor de aceptar esta gardenia? — dirá un joven galante.

— Muchas gracias, acabo de comer en este momento.

— Se la ofrezco á usted para uso externo.

— ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿No sabe usted que ya no se estilan las flores para adorno?

—Tiene usted razón, me había olvidado. Ahora mismo me voy á ver si encuentro un rábano para que se lo prenda usted en el descote.

Tan bien visto como las verduras en el tocado de una mujer, serán las papas fritas, por ejemplo, en la *boutonnière* de los hombres, y las sardinas arenques aplicadas á la confección de *bouquets*.

A los juegos florales habrá que llamarlos en lo sucesivo juegos estomacales, y á la calle de Florida, calle de Comida.

A los médicos les reemplazarán los floricultores, y Peluffo, en quien veremos al Güemes de los jardineros facultativos, será llamado á consulta siempre que se trate de afecciones gástricas producidas por la mala digestión de los pétalos, estambres, corolas, carpelos, andróceos, verticilos y perigonios.

¡Vea el doctor Rosa, cómo además de ministro, puede llegar á ser *bocato di cardinale!*

Eustaquio PELLICER

Dibujos de Cao y de Fortuny.



EL MINISTERIO URUGUAYO



Dibujo de nuestro colaborador artístico en Montevideo, Sr. Sanuy.

EL HONRADO HIJO DE CRIMINALES

Al borde de una turbia laguna, y al socaire de un gran terrón poblado por frondoso espinillo, algunos verdes juncos y cuatro frescas matas de silvestre trébol, anidaron en cierta primavera, de dulzuras llena, dos parejas de bandoleros volátiles, pirata la una y asaltadora de caminos la otra. Por soberanía de la naturaleza ejercía la primera el corso pluvial, y la segunda el crimen alevoso por caminos terrestres y aéreos, en las horas de las tinieblas, engendradoras de cuidados y de reflexiones tristes.

Terminados sus crímenes y piraterías, entregábanse al amor en completo silencio, pues no alcanzaron aquella feliz edad en que hablaban los animales como ahora las piedras. Vivieron en este final de siglo, en que si ya no hay animales que hablan, no son pocos los que escriben.

La pareja de piratas, compuesta de pato y pata, formó su tálamo al pie del terrón, frente á la laguna, escenario trágico de sus voraces instintos. Su nido era á la vez atalaya, desde la cual seguían con avidez sus ojos el giro de las ondas, levantadas por la masa de peces, sanguijuelas y renacuajos que se agitaban nadando en el seno de las aguas; acechaban al mosquerío primaveral, á las bandadas de cinifes y jejenes que se cernían sobre el boscaje de espadañas, bañándose en las brumas del lago para refrescar la pífana trompetilla, que luego, en las horas de la canícula, había de hincarse con rabiosa hambruna en las pletóricas venas de los baguales, atormentando su soberbia con el terrible cilicio de sus picaduras.

Debido al interesante estado del enclueclamiento, andaba la pata algo delicada de salud y un poquito mañosa de carácter; padecía raros antojos, habíanle salido algunas pecas en el pico, se le caía la pluma de la cabeza, dábanle asco los renacuajos, que son el pan de los patos, y le flaqueaban las piernas, incapaces de sostener su cuerpo, pesado y febriciente, repleto de fruto amoroso.



El galante doncel acuátil era un arrogante ejemplar de su especie salvaje, con su cuello arqueado como un gaviero de Lohengrin, su bamboleante paso de milord marino, sus alas rápidas cuando á mayor altura volaban, sus membranas rojas y sus plumas azules en aquella parte donde el lomo cambia de nombre. Para satisfacer los antojos de su adlátere, redoblaba sus crímenes en el lago con actividad prodigiosa, estimulado su carácter viril por aquel tono de melancolía y debilidad femenina que tienen las patas en estado de buena esperanza. Nunca el varón se siente tan varón como en esos días del plenilunio del amor.

Apenas iniciada la aurora con sus áureas frondas rojas, como una quemazón de amapolas sobre el cielo desnudo, arrojábase el pato al lago, á bucear en perseguimiento de los peces más delicados, que debía llevar vivos y coleando á la pata, porque ésta, no pudiendo mojarse para no enfriar su calentura procreatriz, quería también gozar la sensación del crimen piscatorio. Dábale gusto el pato, llevando vivos los peces que se retorcían agonizantes en el cepo de aquel pico, cegados por la luz y asfixiados por el aire.

***

La otra pareja de criminales terrestres, un ayuntamiento de carancho y caranchа, tenía ese aspecto siniestro de los asesinos natos; robustas y recias las cabezorras, plumosos los frontispicios, corvos los picos, el superior gancho, el de abajo tenaza; la mirada vaga y miope como la de un escribano viejo, salida de unos ojos redondos, fuera de las cuencas, extáticos, de repugnante color verde, como la piel de un lagarto; las patas cortas y fuertes, con ralas plumas hincadas en las canijas, terminando en cuatro dedos robustos y costrosos, con uñas usureras, ladronas y asesinas. Tenían sus caras, rudas y lacias, ese tono de misantropía triste que distingue á las aves noctívagas; eran unos semblantes cuya contemplación traía á la memoria las edades del oscurantismo. Cuando se posaban á solearse en las estacas de ñandubay que sirven de seto á la Pampa, parecían una pareja de inquisidores, cuyos instrumentos de



tortura eran sus propias uñas y sus picos corvos, semiocultos entre el hueco plumaje del pecho, como los criminales que esconden sus estiletos hasta el momento oportuno.

Eran el terror de todo el contorno terrestre, como lo eran los patos de las lagunas pluviales. Al amanecer comenzaban su cacería, introduciéndose, á favor de las nieblas, en los pequeños cotarros familiares, pateando el nido á los débiles, interrumpiendo tiernas escenas de amor, asesinando padres é hijos y violando á las pájaras. De un zarpazo mataban un zorzal; de una puñalada á uña atravesaban el cuerpo de un hornerito; de un cachete con las alas echaban abajo á un murciélago, símbolo volátil de los aquelarres, que ya no volvía á levantarse. Cansados de sus crímenes al vuelo, posábanse en el morrillo de los corderos, arrancándoles á picotazos los ojos, mansos y amorosos, impregnados de ternura pascual. Estos corderos ciegos son los Homeros que balan endechas entre los rebaños de la Pampa.

Las dos terribles parejas que anidaban en aquel terrón, entre cardos y tréboles, se relacionaban muy poco. Había entre los patos y los caranchos ese distanciamiento que se observa entre la gente marina y la urbana.

***

Un día ocurrió un suceso que tuvo consecuencias extraordinarias. Piratas y bandoleros terrestres habían abandonado sus respectivos nidos; los primeros en gira de inspección al lago; los segundos á picotear en el corazón de un potro, Ravachol caballar, que prefirió lo mataran antes que dejarse domar para contribuir con su docilidad trabajadora á consolidar el imperio del capital burgués Mientras se hallaban ausentes, levantóse un furioso vendaval pampero, cuyos efectos en la región de los nidos, asumió proporciones ciclonescas, haciendo rodar un huevo del hogar de los caranchos al de los patos.

Siguió la pata fecundando con su clueca fiebre á los doce suyos y al intruso, y cuando tras los días del empollamiento, se tornaron en seres las galladuras dentro de los claustros de cáscaras, comenzó á picar los huevos para ayudar á los pollos á salir al mundo. Uno tras otro iban asomando los patitos sus inquietas cabezas, abriendo en seguida el pico en demanda de pesca. Al romper uno de los huevos, la pata saltó asustada del nido ante aquel sér extraño que sacaba su monstruosa cabeza con aquel pico corvo y aquellos ojos enormes, de color verde y mirada inmóvil. Al verle las uñas de las patas tan distintas de las patas de sus patos, casi se queda patitiesa la pata, y tiene que pagar el pato el pato de aquel patético caso patológico.

Vuelta del susto, creyó la prolífica pata que aquello sería una aberración de la naturaleza, y cobijó al caranchito bajo sus alas maternales, alimentándole de pesca, igual que á todos los demás hijos.

Quince días después, vestida de plumas, su traje natural, la pollada toda enderezó hacia el lago, á ejecutar los primeros ensayos de buscarse la vida con la muerte de otros seres, que tal es el aciago sistema de nutrición universal. Los padres iban delante para dirigir el corso y evitar encuentros funestos. La pollada, apiñada y expresando en su gutural idioma patoso sus primeras sensaciones al contacto de la naturaleza, marchaba detrás; el carancho iba el último, encerrado en completo mutismo, poseído del espíritu de familia, aunque con semblante de misántropo.



Al llegar al lago, los ánades se lanzaron al agua, moviendo de gusto las azules plumas de la cola y buceando hasta las lombrigueras que moran en el lodo. El carancho quiso imitar á sus hermanos, creyendo estar dotado de las mismas cualidades náuticas. Por poco no se ahogó. Vuelto á la orilla, quedóse allí esperando á la familia, que al verle mojado y tiritando, soltó una carcajada á coro, «¡clua, clua, clua!» que equivale al «¡já, já, já!» de los hombres, la risa brutal con que se celebran las caídas por sorpresa.

Casi se arrice el carancho aquella noche en el nido, pues nunca se le acababan de secar las plumas. Tuvo, además, mucha hambre. Compadecido el pato, su padrastro en la filiación familiar, salió al campo y le trajo media docena de saguaipés, tres lombrices, una mojarra y cuatro renacuajos para que cenara. Todos estos animalitos se los llevó muertos.

Los instintos criminales, propios de su raza, seguían dormidos en el carancho. Iba todas las mañanas al lago con sus hermanos, quedándose en la orilla, carilacio y mustio, hasta que regresaban de la pesca. Su pico y sus uñas estaban en completa inacción, ignorante de que fueran sus naturales armas de combate para luchar por vivir. Su parasitismo levantó muchas protestas en el nido; pero él, no teniendo conciencia del crimen, tampoco la tenía del honor. Veía en torno suyo los actos de violencia con que sus congéneres defendían sus aspiraciones estomáticas, y no se le ocurría imitarles. Sentía instintos anfibios para los cuales no era útil. Había nacido en ambiente pirata y no comprendía el bandolerismo terrestre. Desencajado de su mundo propio, fué el único animal inofensivo que ha existido en el mundo, rompiendo la eterna tradición de su armonía dramática. La naturaleza espontánea es siempre criminal. Violentándola, como en el caso presente con el cambio del huevo, se mejora. El violentador será el pensamiento humano del porvenir, que buscará un tipo de hombre que no sea ni carancho ni pato; ni pirata ni bandolero terrestre, la santa raza de los antropólatras.

Una tarde esperó el carancho inútilmente en la orilla del lago el regreso de los patos. Cada cual se había ido por su lado, á fundar nuevas familias, á la vez creadoras y destructoras. Ya de noche, regresó al nido, muriendo de tristeza y de hambre al romper la aurora en estallido de luces, pacíficas y fecundas.

***

Cuando hace dos años me convertí en amenaza del país haciéndome abogado, envié al insigne Lombroso la cabeza del carancho, llevado de mi pasión por los estudios criminalistas. El egregio contrincante de Manouvrier, después de un minucioso examen del periferio craneano del *delincuente*, me escribió una carta llamándome «mío caro discipulo» y asegurándome que el ejemplar enviado era indudablemente uno de los criminales más extraordinarios dentro de su especie.

Debo al carancho y á Lombroso mi reputación de criminalista bonaerense, equivalente á una celebridad en familia.

FRANCISCO GRANDMONTAGNE.

Dibujos de Mayol.

MÚSICA SUBTERRÁNEA

Wagner, el más absoluto y autoritario de los compositores modernos, el más celoso é intransigente tratándose de extrañas competencias á la clásica soberanía del arte divino, no es tan sólo un innovador genial, es también un vengador justiciero del buen sentido y del criterio racional, mistificado en el teatro lírico, sobre todo, por los más absurdos y vulgares convencionalismos.

El no se ha circunscrito á modificar científicamente la música escénica; ha ido más allá: al reformar los modos estructurales de la ópera, ha reformado así mismo todas las añejas costumbres que comprendía esa especie de ritual vulgar, aparentemente involucrado en el teatro, y el cual hoy se cuartea, se desmorona y cae, á impulso del soplo innovador del genio de «Bayreuth».

El ideó, el primero, la sala á media luz, casi á oscuras, durante el espectáculo, siendo el único punto luminoso, la escena en donde se desarrolla el drama musical; él pensó, así mismo, que la orquesta, accesorio que para nada tiene que actuar en el desarrollo plástico de ese drama, no tan sólo estaba de más ante la vista del público, sino que, por el contrario, conspiraba contra la ilusión elevada y poética que debía dominar á los espíritus, envueltos, por decirlo así, en el divino prestigio del discurso musical, y subyugados por el desarrollo romántico de la fábula que daba acción y motivo á ese discurso.

Entonces pensó en meter bajo tierra á la orquesta.

Se dijo que *no* era tan sólo una razón de estética lo que lo impulsaba á practicar esta innovación, sino que buscaba en ella nuevos efectos de acústica; extrañas sonoridades que deberían realzar y dar carácter á ciertos pasajes de su música ideal y vagorosa.

No quisiera entrometerme en interpretaciones póstumas del pensamiento del gran maestro; pero, fuera de todas estas razones, que, indudablemente pueden ser muy aceptables, mi espíritu, en el que desde hace tiempo cosquillea una protesta y se agita una venganza, me dice que allí hubo otra razón más enérgica, más inmediata, más imperativa y hasta más racional y más justa, que decidió al maestro á proceder sin más trámite, metiendo bajo siete estados á los músicos con su director á la cabeza.

He nombrado al director, y al nombrarlo he creído dar el supremo martillazo en el clavo de la cuestión.

Al director (á los directores, pues hablo genéricamente), se les debe este ensilaje musical que principió en el teatro de «Bayreuth», se imitó en varios teatros alemanes, austriacos, ingleses y norteamericanos, y hoy recibe confirmación latina y por lo tanto pase popular en el mundo del arte, implantándose como una sabia reforma en el nuevo teatro de la Opera Cómica que se acaba de inaugurar en París.

Después de un viaje á Italia, Wagner trajo la idea de enterrar á los directores de orquesta.

Tropezó por ahí con algún acróbata de la *batuta*, y se dijo:

«Yo escribo óperas para que me las interpreten los cantantes, pero no para que me las bailen los directores de orquesta.

«¡A la cueva!»

Y nada de *flirteos* durante el espectáculo.

«¡A oscuras!»

«Ahora, en cuanto á las escenas íntimas, privadas, que propician las tinieblas, esa es harina de otro costal y allá se las campaneen los padres y maridos».

Y el teatro á oscuras y la orquesta en el foso, ha venido á devolver su majestuosa integridad á la escena, sobre la que tienen necesariamente que fijarse todas las miradas, mientras la percepción auditiva, no distraída por nada exterior, se hace más fina, más atenta y por lo tanto, más clara y perceptible.

La profesión de director de orquesta va así en camino de un oficio vulgar, quitándole al maestro toda la prosopopeya exterior con que se impone noche á noche ante el público.

Las cuatro mudas de ropa interior de Mugnone, en las óperas de cuatro actos y la friega de aguardiente alcanforado después de la *baruffa* de los «Maestros Cantores», quedarán ya como un detalle íntimo de la vida artístico-troglodita del director de orquesta, pues el público no se dará la más mínima cuenta de si este señor ha sudado poco ó mucho en el trabajo de arrancar milagrosos efectos á su ignota orquesta.

Con los músicos en el foso, desaparece también esa línea de espectadores con entrada de perro, agrupados en su mayoría tras el trono giratorio del director, pegados á los faldones de su frac, encantados, no con la ópera, no con las escenas que se desarrollan, no con la maravilla de las divinas frases que vuelan en el espacio, sino con las contorsiones epilépticas del maestro, con esa mano izquierda superior á la de cualquier torero de campanillas, pues éste no es á un solo bicho al que trastea y para los pies con ella, sino á toda una avalancha de cuernos, trombones, fagotes, contrabajos, violones, violines, cornetines, flautas, clarinetes y oboes, á quienes con un gesto de comer limón, un *chist* entre los dientes apretados, y una parada en seco de la célebre mano abierta, como si le tiraran con una botella por la cabeza, logra uno de esos milagrosos efectos de pianísimo, que terminan en un *chirri, chirri*, de los primeros violines, tras los cuales viene el chasquido ahogado y breve del bombo y los platillos y luego la mar de gritos y aplausos del público desaforado, y la iniciativa de —¡El maestro! ¡El maestro!—que parte de sus adoradores posteriores, y á que contesta el ladrido consuetudinario del Paraíso.

Desaparecerá también esta obligada presentación en las tablas del citado caballero, figura ridícula y anacrónica entre los personajes del poema, con sus pantalones á fuelle, su frac anticuado, su camisa deteriorada por el rudo trabajo de disloque á que se ha entregado para lograr ese supremo triunfo.

Apenas si alguna vez se verá como una manifestación intermitente de su existencia subterránea, la puntita de su nerviosa batuta enarbolada en alto, en uno de esos infernales fortísimos, en que los de cuerda serruchan encorvados sobre sus respectivos instrumentos, los de viento se meteorizan en sus boquillas de metal, los de percusión revientan los parches ó sacan astillas á sus platillos y tantanes, y el maestro, no sabiendo ya cómo incitar á sus súbditos en el ataque salvaje al tímpano de los oyentes, se pone de pie estirándose cuan largo es, y abre los brazos en el espacio, agitando en lo alto su batuta blanca, como un loco que tuviera la manía de ensartar una estrella.

Nicolás GRANADA.

Dibujo de Fortuny.

PÁGINAS ARTÍSTICAS

VIDALITA

Pájaros y arroyos,
Vidalita!
Y árboles y vientos,
Préstenme sus ayes
Vidalita!
Para mis lamentos!

Para los lamentos
Vidalita!
De mi pobre amor.
¡Toda mi alegría,
Vidalita!
Que se me murió!



Decime, morocha,
Vidalita!
De los ojos tristes,
Si no tenés miedo,
Vidalita!
Que Dios te castigue!

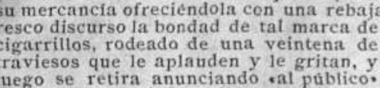
Si sabés de un sonso
Vidalita!
Que tu amor mató,
No llorés.... ¿qué importa,
Vidalita?
Si el muerto soy yo!

Dibujo de Cao.



MI BARRIO

Las bombas de la luz eléctrica, semejantes á un inmenso collar de perlas enormes, iluminan las calles con claridades de luna; resplandecientes están las tiendas y bazares, ostentando en sus amplios escaparates las novedades de la estación con sus mil artículos que las grandes fábricas europeas envían á este excelente y sin igual mercado de Buenos Aires, donde el público paga lo que se le pide, ostentoso y sin regateos. La animación empieza «con el último bocado», y en breve la circulación se activa: á eso de las ocho las gentes pindonguean en todas direcciones; comienzan á desfilar pequeños grupos de hombres, vestidos por lo general de negro, graves y serios, pálidos y melancólicos, llevando unos instrumentos enfundados en fúnebre tela: son los músicos de los teatros con sus clarinetes larguruchos, sus violoncelos solemnes, sus trombones y flautas, que se dirigen á la Ópera, al San Martín, la Comedia, al Olimpo, al Casino, etc., donde dentro de media hora se dará principio á las representaciones anunciadas en los grandes carteles de colores, fijados en las paredes; los tramways, repletos de pasajeros, cruzan las calles haciendo sonar á cada instante sus campanas y deteniéndose á cada paso para recibir á los que esperan en las puertas y aceras, entre los que dominan las cocineras con sus canastas al brazo que *apestan* á cebolla y levantan con sus olores insoportables más de una protesta entre los viajantes; los biciclistas cruzan rápidos como deudores en día sábado, haciendo *zig-zag* entre los demás vehículos; suenan las campanillas y sirenas con toques agudos y vibrantes; van y vienen los carruajes en todas direcciones, atropellándose unos á otros, en medio de gritos y exclamaciones de protesta de los peatones; pasa á escape la Ambulancia de la Asistencia Pública, á la cual abre *cancha* todo el mundo al oir el sonido de la campana que agita nervioso el conductor; los organitos y aristones rompen el tímpano con la Verbena de la Paloma ó el Wáshington-Post; de las escuelas de tiro salen los ecos de mil disparos estrepitosos de pistolas y carabinas, que asustan al transeúnte desprevenido y arrancan más de un grito agudo á alguna vieja ó muchacha pretenciosa; van y vienen en incesante pesca, halconeando aquí y acullá, las noctámbulas de formas opulentas y miradas insolentes que nos envía la Hungría y el Montenegro, y caminan presurosas las artistas descocadas de los casinos y circos, seguidas de tal cual viejo verde que entrevé una «gran bolada» ó de marinos recientemente desembarcados que se marean en las calles y pierden el rumbo; gritan los *floristas* con sus canastas enormes, alineadas en las esquinas; y los vendedores de fósforos, «helata fresca», cigarrillos y baratijas, pregonan la bondad de sus mercaderías; se agrupan las gentes aquí y allá, en las puertas de las confiterías y restaurants, frente á los escaparates y avisos luminosos, en los bars y cafés, en las agencias de lotería, en los almacenes, en las tiendas, en todas partes; invaden en oleadas los vestíbulos de los teatros, se apiñan en las boleterías, se estrujan, se codean, rodeando constantemente á los revendedores de localidades que hacen su agosto á la voz de ¡palco vendo! ¡tertulia vendo!; los vendedores de revistas y libretos, se desgañitan metiendo por los ojos CARAS Y CARETAS, *Blanco y Negro*, *Madrid Cómico*, ó el argumento y la música de *Mignon*, *Doña Juanita*, *El Santo de la Isidra*, *La Caza del Oso*, *Pagliacci*, etc., etc.; uno que otro pilluelo, con abundante *charqui* de periódicos de la tarde bajo del brazo, liquida su mercancía ofreciéndola con una rebaja de 50 %; Tartabul proclama en pintoresco discurso la bondad de tal marca de



cigarrillos, rodeado de una veintena de traviesos que le aplauden y le gritan, y luego se retira anunciando «al público» que Candelario ha pedido moratorias y que la guerra con Chile es *eminente*; los vigilantes con el ojo alerta tocan llamadas con estridente pitada.—y por Esmeralda, Artes y Corrientes, los guardias de seguridad, al mando del gallardo y airoso sargento *Levalle*, de gran pera «de agua», montados en excelentes caballos y vistiendo vistosos trajes de gala, sólo permiten la circulación de los carruajes que se dirigen á la Ópera—los vehículos de la gente de pro—de los favorecidos por la Diosa vendada ó de los que aparentan volar en la *haute*, y se detienen á la puerta de *nuestro* gran coliseo donde Tamagno hace las delicias de ese público privilegiado; y descienden allí, haciendo pininos, bañadas por las claridades de la luz artificial que platea los rostros espléndidas muchachas ataviadas con delicadas *toilettes*, caballeros enfracados y con el último golpe de *coiffure* aplicado por Gadán, Moussion ó Antiqueira, mamás serias y graves emperifolladas lujosamente, envueltas en mantos riquísimos con pieles de armiño ostentando brillante pedrería que envidiaría Belkiss; y en un contubernio llamativo, se detienen también á la puerta, desenfadados y erguidos, un concordato de 10 por ciento en elegante landeau arrastrado por una yunta de rusos nerviosos, una moratoria prorrogable, con toda la familia, y una suspensión de pagos repantigada en el



fondo azul de un coupé que rueda á impulsos de un par de troncos soberbios que arrancan chispas del afirmado; y en medio de este desfile del lujo y del derroche, cruza entre la multitud con paso majestuoso, el popular Romano, callejero implacable, pirata del barrio, orador de voz cavernosa que arenga á los transeúntes en la lengua de Petrarca proclamando ideas socialistas empapadas en el más detestable carbón-polvora; y frente al magnífico coliseo, en la otra acera, los desheredados de la fortuna, contemplando el *descenso* de los felices de la tierra y haciendo comentarios sobre lo que ven y lanzando exclamaciones de sorpresa cuando es un personaje político ú hombre de campanillas el que desciende del carruaje. Y á medida que las horas avanzan, el cuadro va perdiendo su interés; se apagan las luces de los escaparates, se cierran las puertas de las casas de negocio, las gentes apresuran el paso; y aquel hormigueo, aquel hervidero, va desapareciendo poco á poco; se extinguen los ruidos de la calle, disminuye la circulación de los vehículos, y momentos antes de las doce, los teatros vuelcan sobre las veredas y arroyos la enorme concurrencia que los invadiera, ávida de emociones. — Una hora después, la ciudad duerme, y sólo cruzan las calles uno que otro noctámbulo ó atorrante que ha perdido el caño y apresura el paso al oir la pitada de alerta del vigilante que vela el sueño de los habitantes de la gran capital.



Y allá, á lo lejos, se oye el sordo rumor de los carruajes que llevan á los trasnochadores sempiternos que, entretenidos en las mesas de la Avenida, han dejado pasar las horas sin sentir, como si pertenecieran no á su vida, sino á la de otro prójimo cualquiera.

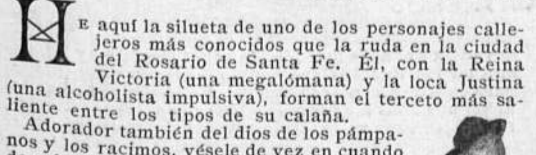
Martín GUERRA.

Dibujos de Eusevi.

PORONI PER L'ACQUA FRISCAAAA....!

He aquí la silueta de uno de los personajes callejeros más conocidos que la ruda en la ciudad del Rosario de Santa Fe. Él, con la Reina Victoria (una megalómana) y la loca Justina (una alcoholista impulsiva), forman el terceto más saliente entre los tipos de su calaña.

Adorador también del dios de los pámpanos y los racimos, vésele de vez en cuando dormido en los umbrales, acompañado de sus inseparables: el perrito, que le defiende; el caballo, portador de la mercancía, y el chiquilín, su hijo, que con cara de eterno aburrimiento, mata los ratos en que su padre duerme la mona, jugando á los carozos en la acera.



Despiértale el vigilante de la esquina con un: *ché, carcamán, marchá pa la comisaría, que allá te van á comprar porrones,* y aquí de las protestas, los gritos y las escenas de pugilato que todos conocen, á pesar de lo cual las cuatro *humanidades* con su aditamento de canastos y porrones, van á parar á la comisaría, donde paga la multa con simulada mansedumbre, no sin echar antes una mirada que no es de fino amor y respeto, al vigilante que arreó con él.

Cualquiera se imagina que nuestro hombre es fabricante de las vasijas que vende; — no hay tal cosa,—de alfarería no entiende un pito, y revende porrones y se dedica á componer lozas y cristales rotos, que se despegan en seguida, sólo porque «*quei ladri dal municipio fanno pagare adesso venti pessi in vece da cinque, per vendere la frutta*». Y en efecto, antes vendía duraznos ó sandías, ó cualquier otra cosa, como liebres, perdices, mulitas ó peludos, pero no como un vulgar vendedor, en las horas del día, sino de noche y á altas horas, su grito estridente y conocido se dejaba oir como un llamado á las disputas y cicateos de la compra menuda.

Y el vendedor, con su hijo, su caballo, su perro, y sus canastos de mercancía corría de norte á sur y de este á oeste, deteniéndose de cuadra en cuadra, ya para dar una réplica bozal á una interpelación atrevida, ya para evacuar una consulta sobre precios ó para remojar el garguero con más liberalidad tal vez que necesidad.

Poroni per l'acqua friscaaaa, grita ahora de la mañana á la noche por todos los rumbos de la ciudad, cargando el arrastre de la voz sobre el alargamiento de las vocales, de una manera tan peculiar y risueña, que parece que acabara de apurar un trago de ese aguardiente verde al ácido cianhídrico con que se están envenenando los obreros de toda la República, á pesar de la voz de alarma dada en *La Nación* por el Dr. Levantini.

Y de esa su frase-anuncio, con que el público le tiene bautizado saca actualmente el mejor partido: «¡acqua frisca!».... Santas palabras que hacen asomar más de una cabeza en estos días bárbaros que atravesamos. Hay que saber lo que son los veranitos rosarinos.

Y aquí pongo punto redondo, saludando á ustedes con mis en cogimientos de recién venido.

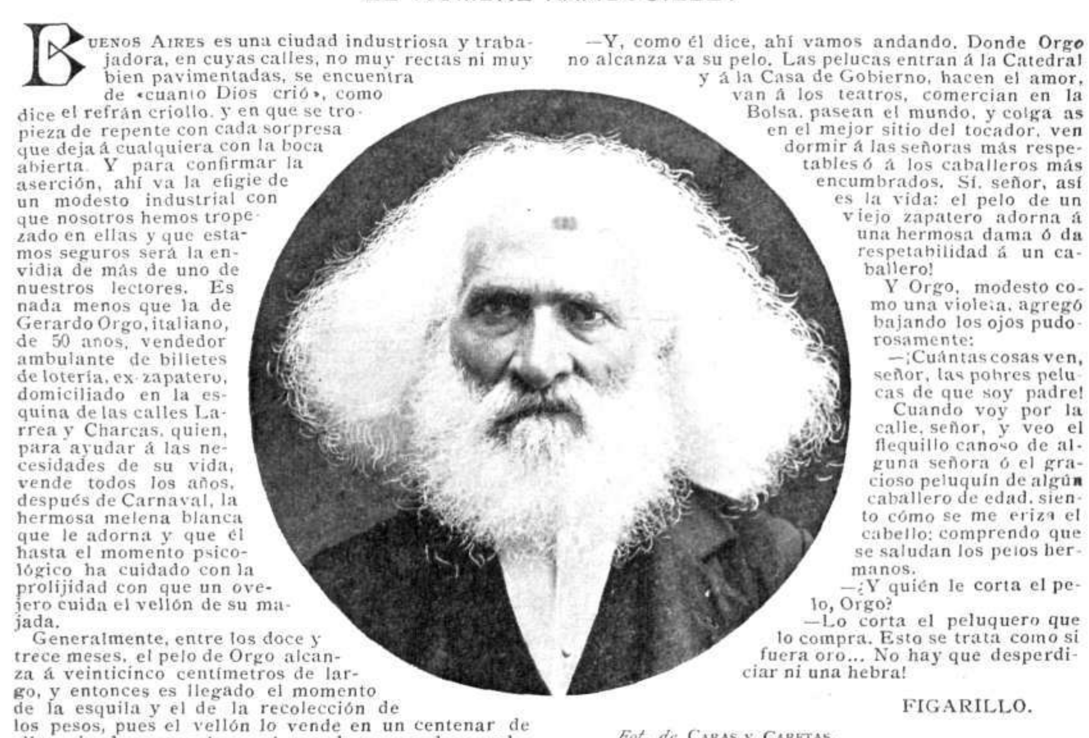
Rosario, Enero 1899.

Aníbal MONTIEL.

Fot. de Caras y Caretas.

EL HOMBRE-RAMBOUILLET

Buenos Aires es una ciudad industriosa y trabajadora, en cuyas calles, no muy rectas ni muy bien pavimentadas, se encuentra de «cuanto Dios crió», como dice el refrán criollo, y en que se tropieza de repente con cada sorpresa que deja á cualquiera con la boca abierta. Y para confirmar la aserción, ahí va la efigie de un modesto industrial con que nosotros hemos tropezado en ellas y que estamos seguros será la envidia de más de uno de nuestros lectores. Es nada menos que la de Gerardo Orgo, italiano, de 50 anos, vendedor ambulante de billetes de lotería, ex-zapatero, domiciliado en la esquina de las calles Larrea y Charcas, quien, para ayudar á las necesidades de su vida, vende todos los años, después de Carnaval, la hermosa melena blanca que le adorna y que él hasta el momento psicológico ha cuidado con la prolijidad con que un ovejero cuida el vellón de su majada.



Fot. de Caras y Caretas.

Generalmente, entre los doce y trece meses, el pelo de Orgo alcanza á veinticinco centímetros de largo, y entonces es llegado el momento de la esquila y el de la recolección de los pesos, pues el vellón lo vende en un centenar de ellos, siendo ya tres las melenas de que se desprende.

—Y, como él dice, ahí vamos andando. Donde Orgo no alcanza va su pelo. Las pelucas entran á la Catedral y á la Casa de Gobierno, hacen el amor, van á los teatros, comercian en la Bolsa, pasean el mundo, y colgadas en el mejor sitio del tocador, ven dormir á las señoras más respetables ó á los caballeros más encumbrados. Sí, señor, así es la vida: el pelo de un viejo zapatero adorna á una hermosa dama ó da respetabilidad á un caballero!

Y Orgo, modesto como una violeta, agregó bajando los ojos pudorosamente:

—¡Cuántas cosas ven, señor, las pobres pelucas de que soy padre! Cuando voy por la calle, señor, y veo el flequillo canoso de alguna señora ó el gracioso peluquín de algún caballero de edad, siento cómo se me eriza el cabello: comprendo que se saludan los pelos hermanos.

—¿Y quién le corta el pelo, Orgo?

—Lo corta el peluquero que lo compra. Esto se trata como si fuera oro... No hay que desperdiciar ni una hebra!

FIGARILLO.

NIDO DE MATREROS

¡Silencio! sargento... Nada de ruidos.

Avanza en la obscuridad el grupo de hombres. Se mueven despacio, uno al lado de otro, «conservando las distancias». Marchan lentamente en dirección desconocida para ellos. El cielo está todavía negro. La luna tardará en aparecer. Esa sombra que se destaca delante de las otras no vacila, sin embargo, en su camino. Conoce el rumbo. Sabe que no se perderá. Y los otros hombres lo saben también, puesto que lo siguen. Hasta los caballos parecen saberlo; marchan detrás de sus jinetes sin cabestrear.

Un sonido metálico interrumpe de pronto el silencio.

Todos se detienen, y el que hace de guía en la misteriosa caravana, retrocede juntándose al grupo.

—¿Quién ha sido ese...? He dicho que no hagan ruido caramba! Al que se vuelva á descuidar lo reviento con una cepeadura.

Nadie chista. Todos se miran silenciosos y resignados.

—Sigan nomás!

Allá van obedientes y sumisos. ¿Cuántas cuadras llevan ya andadas así? ¡Quién sabe! Desde muy lejos,—allá en los linderos del pueblo—vienen desmontados para cubrirse con los yuyales. Felizmente, no han tenido que saltar alambrados. Van por terrenos fiscales, refugio de cuanto bandolero y alzado merodea en el partido. En esos terrenos es donde tienen sus cuevas; allí organizan las arreadas y allí contramarcan lo robado ó desorejan los cueros de ovejas carneadas en la estancia misma. Allí también caen algunas veces los policianos, pero nunca encuentran nada. Un rancho miserable, y en él alguna china vieja que los recibe con halagos zalameros.

—¿Y los hombres?—pregunta el oficial.

— Hombres, niño? Si no hay... Por ahí anda mijito solo, pastoriando unas ovejitas de don Cipriano.

Efectivamente, las anda pastoreando á su modo, pero nada puede hacer la policía.

Regresa la comisión, protestan los hacendados robados, chillan los diarios de la capital (los locales no, porque conocen al comisario como hombre de poco aguante en punto á bromas), vibra el telégrafo trasmitiendo órdenes de la jefatura, se encrespan los bigotes del comisario y en proporción geométrica los del sargento veterano, que olfatea ya una batida en regla. El jefe ordena una prolija inspección...

—¡Yo les voy á dar, canallas! Palos... A ver, sargento: cinco hombres para esta noche! Revolvers y sables. No hacen falta carabinas.

....

Allá van las sombras fantásticas.

Se aproximan. Parece como si los mismos caballos, con ese instinto peculiar de los matungos policianos, notaran la proximidad de su eterno rival, el parejero de campo.

La silueta que marchaba á la cabeza del grupo, deja que éste acorte la distancia; se aproxima á ellos; saca del bolsillo un objeto brillante, el revólver, y volviéndose al más próximo, murmura:



— Mucho cuidado. Ojo con los caballos.

En el cenit, asoma entre un montón de nubes, el primer hilo plateado que raya el campo en larga extensión.

— ¡Canejo! La luna! Nos va á embromar...

— Apuren el paso y déjense de pavadas.

A lo lejos, entre la mancha de los árboles agrupados, aparece ya la sombra más intensa de una ranchería. Del centro brota un rayo de luz rojiza, como de fogón bien encendido.

— Están tomando mate.

— ¡De puro palo... va á ser la yerba esta noche, hermano!

Unos pasos más.

Nervioso el comisario, pega un brinco saltando á caballo, amartilla el revólver, y en menos de un segundo cae con todos sus agentes sobre el mísero rancho. Puerta, ventanas y cuantos agujeros pueden servir para escurrir el bulto, son tomados por los vigilantes.

La puerta se abre al llamado.

— ¡Nadie se mueva! Están presos.

Todos permanecen en la misma actitud que tenían momentos antes.

Uno de los gauchos, el más viejo, mira socarronamente al comisario, que se ha plantado en mitad de la pieza.

— ¡Pucha, que había sido atropellador! Convidálo con un mate, negra.

— Mate te voy á dar, gran ladronazo. A ver, cantá en seguida. ¿Dónde están los animales?

— ¿Animales, señor? De *ande*... Todas las majadas están aquí, patroncito. Yo soy el siñuelo...

— Bueno. Más tarde hablaremos. Vea, sargento: áteme uno por uno á todos estos baguales sobre sus mismos caballos para pegar la vuelta.

— ¿Empiezo por la china, señor?

— Sí, pero hacé ligerito.

Sin protestas se cumple la orden. ¿Para qué protestar? Lo mismo da. Allí quedan todos listos para ser montados en sus pingos.

— ¿Estamos?

— Sí, señor.

— Bueno. A caballo con esos malevos. Ahora las van á pagar todas.

La china vieja es la primera en ser puesta á horcajadas. Tiene el sitio de honor en el caballo del sargento.

— No me hagás cosquillas, che, que te estás pasando, y se lo voy á contar al comisario.

— En seguidita nomás te va á hacer caso, soplona.

***

El regreso de la fantástica caravana se efectúa sin tropiezo. Los pobres vigilantes pueden ya charlar y fumar sin temor alguno. El sargento trata de convencer á la china de que debe estarse quieta, pues él es autoridad. El comisario piensa en el morrocotudo parte del día siguiente y en lo que los diarios dirán de su *campaña*. El gaucho más viejo pide un *negro* al milico encargado de su custodia, sonriéndose ya al pensar en la rabieta que tomará el comisario cuando no pueda probarle nada: si él estaba de visita en el rancho!

Aquel de más allá silba una vidalita en colaboración con el andaluz vigilante que las suele confundir siempre con las peteneras. Y por último, á la cola de todos, marcha, cabizbajo y triste, el potrillo de la última parición, sin marca todavía, que cayó en una de las requisas cuatreriles, y que el jefe de la partida piensa regalar al nene de una señora amiga.

Llegan al pueblo, atraviesan rumorosamente su calle principal y van á parar á la comisaría, en cuyos calabozos quedan encerrados todos los presos, inclusos los caballos, hasta el día siguiente en que se comenzará el sumario con todos los pormenores de la batida.

Y el viejo?

Vaya!.... Cómo si fuese á ser la primera.... Mire á quién lo van á asustar con puertas de justicia....!—Desde mamón, como él dice, no respetó pelo ni marca y ya tiene los huesos duros para aprender cosas nuevas! Cuando piensa en el comisario y en los jueces, exclama para su coleto, mientras hace humear el negro que ya entra en las penumbras de la vida aperreada del pucho campero:

—Más fe le tengo al mastuerzo y á la malva *sancochada!*

Alejandro GHIGLIANI.

Dibujos de Fortuny.

ALCOHOL INSPECCIONADO

El alcohol, como si fuese un ladrón peligroso, va á ser sometido á una vigilancia especial.

Se ha creado al efecto un cuerpo de inspectores, especiales también, relativamente numeroso. De modo que el espíritu de vino, ó de lo que fuere, fabricado en la República, podrá decir lleno de orgullo, que es el de más *cuerpo* del mundo.

El de más cuerpo de inspectores.

Estos, después de recibir su nombramiento, y antes de entrar en el ejercicio de sus funciones, reciben una instrucción adecuada al cargo que han de desempeñar.

—¿Qué es el alcohol?—preguntarán á uno de ellos.

—Un producto de la industria humana que sirve para aumentar la renta pública y disminuir la vida privada.

—¿De dónde se extrae?

—De donde se puede.

—Fxplíquese usted.

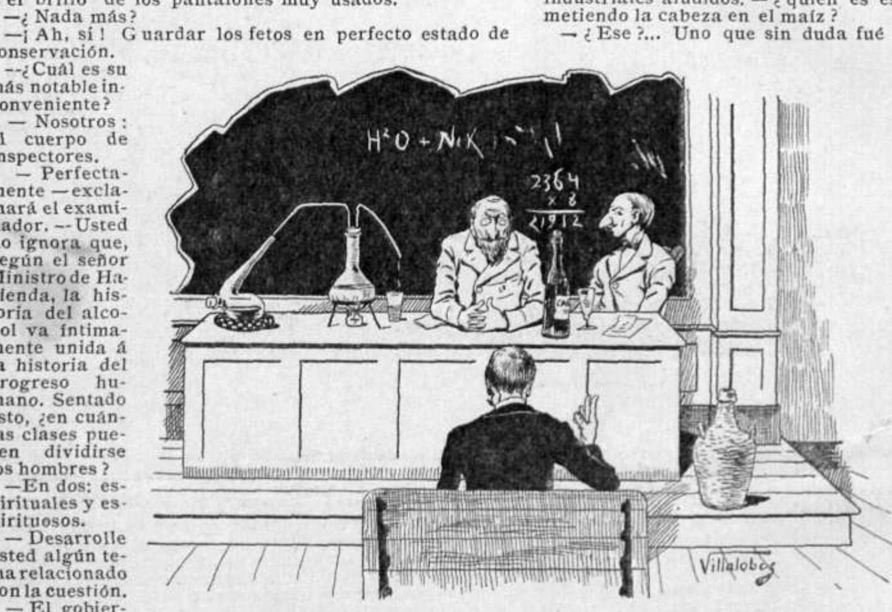
—Digo que puede extraerse de la uva, del maíz, de las papas y de todo género de desperdicios, según la escuela alemana.

—¿Cuáles son sus principales aplicaciones?

—Calentar el agua para el mate, mezclarlo con la anilina á fin de presentar un excelente vino francés y sacar las manchas y el brillo de los pantalones muy usados.

—¿Nada más?

—¡Ah, sí! Guardar los fetos en perfecto estado de conservación.



—¿Cuál es su más notable inconveniente?

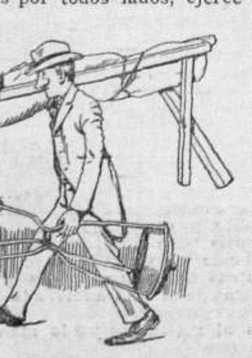
—Nosotros: el cuerpo de inspectores.

—Perfectamente —exclamará el examinador. —Usted no ignora que, según el señor Ministro de Hacienda, la historia del alcohol va íntimamente unida á la historia del progreso humano. Sentado esto, ¿en cuántas clases pueden dividirse los hombres?

—En dos: espirituales y espirituosos.

—Desarrolle usted algún tema relacionado con la cuestión.

—El gobierno obra con gran sabiduría al establecer el impuesto sobre los alcoholes. El gran número de alambiques que vemos por todos lados, ejerce una perniciosa influencia sobre nuestra naciente literatura. Debemos tender á que desaparezcan en su mayoría, para evitar que aumente la cantidad de escritores *alambicados* que andan por ahí. Puede, no obstante, el proyecto económico que nos ha dado vida, producir resultados trascendentales en el terreno científico. Ampliando el plan del doctor Rosa, y recordando que el alcohol no se congela á las más bajas temperaturas del globo terráqueo, podría formarse una expedición de alcoholizados, sin temor á que se helasen, y en un dos por tres llegar hasta el polo Sud... y allí establecer una destilería.



Tras un examen parecido, los inspectores quedarán habilitados para fastidiar al prójimo, siempre que el prójimo se dedique á la fabricación del alcohol.

El gobierno ha dispuesto que dichos inspectores vivan, en calidad de espada de Damocles, en todos los establecimientos sujetos al impuesto.

—Yo no puedo recibir huéspedes —dirá el fabricante.

—A mí me tiene usted que recibir —responderá el encargado de la inspección.

—Pero ¿quién es usted? ¿Cómo se llama usted?

—Esa segunda pregunta es indiscreta. ¿Me da usted alojamiento ó no?

—Como no quiera usted habitar en un tonel...

—Conformes.

—Entonces ya sé quién es usted: Diógenes ó inspector de alcoholes.

La arbitrariedad que semejante medida representa está llamada á producir muchos conflictos en el orden doméstico.

—Papá —preguntará el niño de cualquiera de los industriales aludidos: —¿quién es ese señor que anda metiendo la cabeza en el maíz?

—¿Ese?... Uno que sin duda fué caballo en su anterior encarnación.

—Yo creo que pertenece á la policía —añadirá con tono misterioso la mucama. Anoche se metió en mi cuarto y se empeñó en que le enseñase el aparato destilatorio.

—Como estás resfriada querría que le enseñases las narices. Debe ser médico, sin duda.

No se puede concebir cómo podrán hacer vida común industriales é inspectores.

Equivaldrá á encerrar juntamente perros de caza y liebres y conejos.

Además los fabricantes querrán vengarse cruelmente de sus verdugos, y lo conseguirían á fuerza de finos obsequios, haciéndoles cobrar afición, ya que no cobren otra cosa, á las bebidas y alcoholizándolos lentamente.

De modo que el mencionado cuerpo de inspectores es un plantel de predestinados á borrachera continua.

Y se dará el caso de que uno de estos, entregado en absoluto al culto de Baco, no dé noticias suyas á la oficina correspondiente.

Y que su jefe, alarmado y preguntándole por carta —¿En qué punto está usted? reciba la repuesta siguiente:

—En punto de saturación.

LUIS GARCÍA.

Dibujos de Villalobos.



La rambla recién construida en la playa

Mar del Plata es más brillante porque la moda social y la riqueza le prestan sus reflejos metálicos,—el buen tono bonaerense, donde la originalidad y el estro propio hacen poco camino, se imita á sí mismo y convoya pacientemente su propia rutina, formando vistoso cordón á lo largo de las vías que llevan á los sitios veraniegos, designados como sitios de preferencia, no por razón alguna de mayor comodidad, de paisajes más pintorescos, de ondas más saladas, de brisas más alegres, de cielos más azules, sino por una circunstancia cualquiera, antojadiza y á veces absurda, que encaminó hacia determinada localidad el equipaje complicado de algún señuelo elegante, al cual siguió dócilmente el gárrulo y vistoso tropel social......

Algo así dió notoriedad y boga á Mar del Plata, en aquellos primeros años de esta crisis que aún no hemos acabado de liquidar, cuando la suba del oro y las inquietudes naturales de una situación poblada de amenazas, aconsejaron á los grandes afortunados, tomar algunos rizos del opulento velamen desplegado á todo lo ancho del trapo en días más risueños, á fin de evitar, en la tempestad inminente, un contraste posible..... Así se suspendió el brillante éxodo social de la fortuna y la alta distinción á las hermosas playas de Montevideo, monopolizadas durante varios veranos por la porteñada elegante que invadía hoteles y poblaba balnearios, poniendo una nota ligeramente exótica en el aspecto durmiente de aquella linda ciudad pacata, sometida durante el año á la compostura circunspecta de las poblaciones limitadas, donde toda la gente se conoce y se estima..... hasta por ahí. Con crisis en Buenos Aires y el oro á 400, Montevideo resultaba enormemente caro: era una aventura temeraria hacer la antes tan atrayente travesía. Y la corriente de emigración veraniega se cortó de golpe.



Nuevo hotel "La Perla"

Pero no se podía quedar sin veraneo. Como no había tiempo para elejir, la sociedad elegante se arremolinó, desorientada—hasta que algunos de sus miembros más resueltos rumbearon hacia un sitio cualquiera de la costa, y surgió Mar del Plata, auspiciado por sus lujosos hoteles y por el prestigio eufónico de su nombre original, que fué un hallazgo.

Entre tanto, se quedó á retaguardia Necochea, que ahora va avanzando, paralela á su rival y vecino el Quequén, exhibiendo y haciendo apreciar sus ventajas positivas para una temporada de verdadero veraneo higiénico.

Ya desde lejos es lindo Necochea, predisponiendo á hallarlo grato como un retiro bucólico, la impresión diversa del paisaje que se atraviesa antes de arribar á la apacible playa, cuyo dulce sosiego sólo es turbado por la larga y calmante sinfonía del mar. Primero cruza el tren una larga zona árida de pampa, chata, vasta, pesada en el espíritu con la insistente monotonía de sus llanadas—la pampa velluda—según el recio adjetivo de Sarmiento. Aquí y allá, rancherías dispersas en el seno interminable de las distancias muertas; en algunas, un verdor de eucaliptus formados en filas esbeltas, por entre los cuales trota alegremente un poco de aire fresco, que atenúa al rededor de las casas el resuello caliente de la Pampa. Después el paisaje se accidenta, primero como con timidez é indecisión vacilando en alzarse á monte ó quedarse en llanura, y adoptando á veces un término medio de loma pedregosa,—introducción á las pintorescas sierras de Balcarce, donde la orografía resueltamente se hincha y revela con su aspereza de piedra. El pueblito de Balcarce en aquella altura, ríe con la alegría de sus calles festoneadas de álamos durmientes, dominando la pampa vecina y dominado á su vez por el cerro Paulino, que tiene la sacra forma de un pecho de mujer. Luego la sierra Chata, en cuya cumbre hay emplazadas algunas estancias—paraje abrupto y pintoresco, rico en trágicas leyendas de peleas sin cuartel sin misericordia entre los matreros y los indios bravos. En el declive de la sierra, que va dulcificándose á medida que se aproxima al mar, montes de currumamuel, que es un árbol petizo, achaparrado y como de mal carácter—pronto siempre contra el que se le arrima la agresión puntiaguda de sus espinas aduncas,—ponen en el campo, que allí evoluciona gradualmente de la sierra á la pampa, un ameno moteado de mantas verdes. Un poco más y penetra lentamente en el oído el ronco jadeo del mar, sobre cuya infinita llanura, bajo el brutal chicote del pampero galopa relinchando la borrasca.

Allí llega el gigante frenético, después de haber batido sin tropie-



Las casillas en la playa



Un paseo en el río Quequén

zo una extensión enorme, y brega en una eterna fatiga contra la costa pampeana, socavándola á grandes golpes de ola, demoliendo con furia los médanos enormes, que enfilados se extienden á todo lo que alcanza la vista, como si fuesen mojones puestos por la Pampa ante el avance del mar, para impedirle invadir sus solitarios dominios....

El río Quequén corre entre el ancho arenal y se echa en el océano, abriéndose allí la costa como si el mar hubiese agarrado las orillas del río y las hubiese separado de un tirón, ahuecándolas luego para formar como un seno—una bahía cerrada por tres rompientes que constantemente el oleaje asalta y rebasa, adornándolas al pasar con vistosos festones de espuma. Aquella bahía ó ensenada es el sitio más lindo y adecuado de la costa marina para tomar baños de ola.

Sobre la orilla izquierda del río, en la curva que forma su costa con la playa, está el gran Hotel Ciudad del Quequén — ciudad que debió nacer, pero quedó frustrada, como tantos otros engendros de la especulación fantasista de diez años atrás. Al otro lado del río en ignal situación que la que ocupa el óvulo malogrado de la ciudad del Quequén, está el pueblito de Necochea, con su gran hotel *La Perla* y su regocijado caserío, entre cuya pintoresca dispersión otros hoteles ofrecen su confort á la población adventicia que allí acude buscando remedio contra la anemia. No toda, sin embargo, es población de paso en Necochea, pues gozan la existencia tranquila y saludable de aquella costa muchas familias que ya son del pago, señalándose las de Pieres, Montero, Díaz Vélez, Outes, Pradere y otras de igual tino práctico y con suerte y fortuna bastante para poder vivir aquella vida amable y simple casi todo el año.

M. BERNÁRDEZ.

Fot. de CARAS Y CARETAS.

ANTE LA TUMBA DE PARMENTIER

En tu sepulcro, el arte no ha rendido
El tributo gentil de sus primores,
Prefiriendo adular á otros señores
Que no valían lo que se han comido.

Tu benéfica acción no te ha valido
De una estatua yacente los honores;
El mármol te ha negado sus favores
Y tu imagen se pierde en el olvido.

¡Es natural! ¿Por qué te adelantaste
A vivir en edades tan ingratas?
Bien claro está que el tiempo malgastaste,

Pues las generaciones insensatas
A las que el alimento procuraste....
Aun no eran dignas de comer patatas.

SEVERIANO LORENTE.

(Cementerio del P. Lachaise, París 16, XI. 88).

Dibujo de Eusevi.

PORTFÓLIO DE CURIOSIDADES

LA CALLE DEL PECADO

HAY una tradición de barrio, desautorizada bajo el punto de vista histórico, que asigna el nombre de este brevísimo callejón de setenta varas que pone en comunicación la Plaza del General Belgrano (antes de Monserrat) en su parte media de Este á Oeste, con la calle de Lima, una historia explicativa de su nombre sugestivo.

Se narra un vulgarísimo drama pasional, de esos que ocurren todos los días entre las gentes del pueblo, en el que una muchachcha, requerida de amores por un galán de pañuelo al cuello y aro en la oreja, ante la negativa rotunda y desdeñosa de corresponder á la ardiente pasión del don Juan oriliero, cayese una noche acribillada á puñaladas en esa callejuela, huyendo el matador, que á las dos noches se le encontrara ahorcado en los propios barrotes de la reja á que solía asomar la cara de cielo de su víctima.

Si este fuera verdaderamente el origen del nombre de ese callejón, nada más impropio é improcedente.

Aquello no habría sido un pecado sino un crimen y si hechos de esta naturaleza debieran dar nomenclatura á las calles (por más que respetemos los caprichos é incoherencias de la tradición) ¡á cuántas podría habérseles dado por mayor razón el nombre con que fuera bautizado como con un expiatorio sambenito, el estrecho y breve pasadizo que hoy acaba de ser purificado por la Municipalidad, después de haberlo materialmente transformado la especulación y el progreso, con el perfumante nombre de Aroma, sin duda para poner en suave olor de santidad lo que hasta hace poco olía aún á todas las chamusquinas del infierno!

Creemos que la tradición á que nos referimos más arriba, no es otra cosa que una fantasía vecinal de los modernos moradores de aquella zona de nuestra metrópoli, no encontrando á mano su inventiva otro pretexto más romancesco para explicar el siniestro nombre de la vieja callejuela. Nos imaginamos que ese nombre del «Pecado» tiene un perfecto origen *macareno*.

La plazuela aquella fué el sitio en que en la época colonial estuvo ubicada la primer plaza de toros de Buenos Aires, y el callejón á que hacemos referencia y que presentamos en una muy bella fotografía, tomada en los últimos tiempos de su existencia histórica, es el que daba acceso al toril desde los bretes en que se encerraba á las reses de lidia.

Hasta hace poco se conservaba sobre los arcos de la recoba ó galería que ocupaba el frente Este de la plaza, y del que se ve un ángulo en nuestro grabado, algunos vetustos restos del maderamen que pertenecía á los palcos de honor, en cuyo centro estaba el del Virrey, Cabildo, oidores, alcaldes y regidores de aquel tiempo, acompañados de las familias de fuste y campanillas que formaban la alta aristocracia de esta muy noble y leal ciudad de la Santísima Trinidad de los Buenos Aires.

Esa callejuela era, pues, el albañal en que pululaba la gente de rompe y rasga, con conexiones tauromáquicas, y como en los días de descanso ese era también el pasillo de las juergas, los amoríos, los beberajes é indudablemente de los celos y de las puñaladas, de ahí que á algún chulo de aquellos de patillazas y *marsellés bordao* de los del tiempo de Goya y don Ramón de la Cruz, contemporáneo del Marqués de Sobremonte, se le ocurriera bautizar á la calleja aquella, con el nombre *der pecao*, y ya se le pegó para toda la vida; es decir, hasta que en los meollos de la fina y perfumada municipalidad actual saltó la femenil y acicalada ocurrencia de llamarla *Aroma*, que es como llamarla: ¡*Sarasa!*

La nueva vida republicana, reaccionando enérgicamente contra todo lo que era *godo*, así como las exigencias creadas por la civilización, la afluencia de población y expansión material del perímetro urbano en nuestra capital, determinaron no solamente la abolición de las corridas de toros, sino también la creación de centros de intercambio que facilitaran el comercio de la ciudad con la campaña cuyas riquezas ya empezaban á requerir mercados públicos para ser cotizadas y vendidas á la especulación europea.

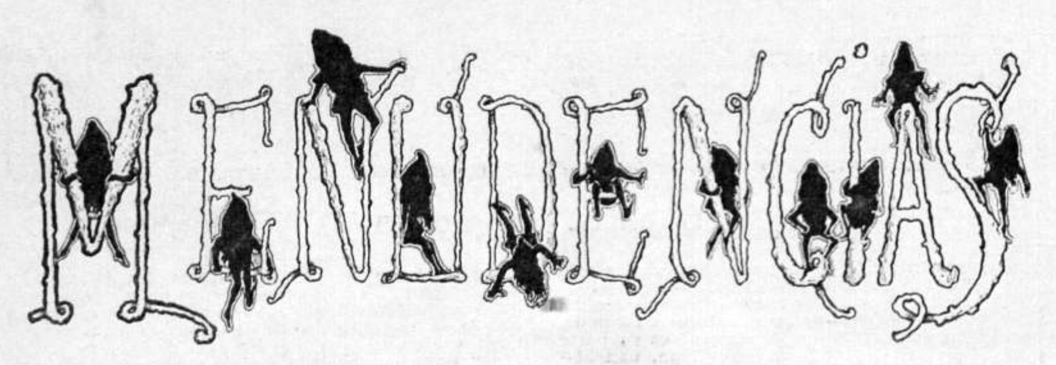
La Plaza de Monserrat fué entonces habilitada como Mercado de Frutos, el primero también que se conoció en Buenos Aires, cuando el 11 de Septiembre y la Plaza Constitución pertenecían aún al dominio de las chacras.

La «Calle del Pecado» mantuvo por ese tiempo en activo y perfecto auge su apropiado nombre, pues mientras las grandes carretas tucumanas de quincho de cimbol, y las cordobesas de paredes de totora y techo abovedado de pieles de toro, apoyadas en sus pértigos y con la culata alzada, servían de ambulantes bazares á la venta de los productos del interior, mientras nuestros carretones de altas y macizas ruedas descargaban sus ricos y pestilentes cuerambres, sus lanas criollas y sus manojos de cerda y pluma de avestruz, en la estrecha y poco aseada callejuela se instalaban, entre los puestos de sandías y melones, los despachos de ginebra y tortas melosas, decoradas por las moscas, las mozas de la vida airada, dedicadas al merodeo amoroso de soldados y troperos, estableciéndose allí otro mercado, abigarrado, promiscuo y poco higiénico, en donde se oían todas las tonadas de tierra adentro, á que hacían fondo musical los rasguidos quejumbrosos de la vihuela criolla.

La calle del Pecado, frente á la plaza General Belgrano

Se van las tradiciones, se van los recuerdos; la mampostería antigua se hace polvo para servir de liga secular á las modernas é improvisadas construcciones; pero no para en eso la acción revolucionaria del presente con respecto al pasado: se transforma la raza; nuestros hijos ya no llevan los honrados y sencillos nombres de nuestros abuelos, y hasta á las calles que llevaban un nombre que constituía tal vez la evocación de una época, se las despoja de su título tradicional, y como á un pisaverde se las envía á la flamante peluquería municipal para que de allí salgan muy correctamente afeitaditas y perfumadas con el nombre de «Aroma».

GRIFO.



El presidente M. Loubet ha suprimido La Liga Patriótica y todas las demás ligas francesas.

¡Abajo las ligas! dicen
en Francia en estos momentos.
Está muy bien; pero ¿cómo
se arregla ahora el bello sexo?

—

Hay quien la anterior noticia,
así, á su modo, comenta:
—Si se suprimen en Francia
las cosas de esa manera,
tras de suprimir las ligas
se suprimirán las medias.

*

Por comer coliflor en cierto guiso,
se le ha muerto la suegra á don Narciso,
y por comer repollo en ensalada
se le ha muerto también una cuñada.
Para que el mal no tengas tan á mano,
come sólo jamón, que es lo más sano.

*

Dió Julio Plasma (un tendero
de la ciudad de La Plata)
la mano de su hija Cata
á Juan Lino el cerrajero.
Mas le fué adverso el destino,
porque la infeliz esposa,
cargó con la firma odiosa
de *Cata Plasma de Lino.*

*

En una finca situada á orillas del río Luján se establecerá próximamente una colonia de alienados.
Y en ella, como es de suponer,

hará progreso
la agricultura
con el cultivo
de la locura.

*

Dice un diario con tono solemne:
«Bueno es comprobar que un inocente ha sido injustamente preso».
Lo bueno sería comprobar que no se detiene á ningún inocente.

CHARADA EN ACCIÓN



JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

$ m/n $ m/n

$m/n | FLACO FLACO FLACO | E | FLACO FLACO FLACO | $m/n

$m/n | | | | $m/n

$ m/n $ m/n

Ahora, por vez tercera,
la Patti se ha casado:
lo que dará lugar á que cualquiera
diga preocupado:
—Pero ¿es tiple dramática ó *ligera?*

*

A la entrada de un templo:
—¿Conoces á la que se va á casar con Raimundo?
—Ya lo creo. Raimundo es el que no la conoce.
—¡Hombre!
—Porque si la conociera, no se casaría con ella.

*

Anteayer una viuda pensionista,
fué á pedirle dinero á un prestamista,
y anoche un profesor de bolsa escueta
transformó un sobretodo en papeleta.
Ya puedes comprender, lector, por esto,
lo malo que es vivir del Presupuesto.

*

«Paraná, jueves 6.—Pasaron sin novedad las elecciones de ayer para la designación de diez diputados y un senador provinciales. La lista oficial triunfó sin oposición.»
Es natural que así haya sucedido.
Que triunfe una lista oficial no ofrece ninguna novedad.

*

BIBLIOGRAFÍA—Hemos recibido de Córdoba, en elegante volumen y con cariñosa dedicatoria, los *Poemas Helénicos* de Goicoechea Menéndez, conocido en las letras por Lucio Stella.
—La señora Ana B. de Selva ha puesto en circulación su obra escolar «*El Nuevo Lector Argentino*».
—El señor M. Soler nos ha enviado su folleto literario filosófico, «La Divinidad de N. S. Jesucristo».
—Con el nombre de «Gauchescas» y dedicadas á la señora María G. de Brián se han editado unas melodías argentinas, recogidas por el señor Alejandro R. Cánepa.

CORREO SIN ESTAMPILLA

Villalobos

Rosicler.—Buenos Aires.—Ya pasó la oportunidad. Lo dejaremos para el año próximo, si á usted le parece.

Freno.—Buenos Aires.—No lo ponga usted en la firma, póngaselo en la boca.

L. V.—Buenos Aires.—No, ¡por Dios! Nada de versos contra la suegra. Tantos cientos de años, sufriendo críticas diarias, la dan derecho á que se la deje tranquila por algún tiempo.

Rulo.—Buenos Aires.—¡Aaaaaaahhh! Le hace usted bostezar á un buzón de puerta de calle.

B. B.—Buenos Aires.—Pero, hombre, ¿no sabe usted contar por los dedos? Al último verso de la primera estrofa le falta una sílaba; al tercero de la segunda, le sobran dos, y así sucesivamente.

Barrilete.—Buenos Aires.—Ya encontré una pena mayor que la de muerte: la de ser condenado á leer sus versos todos los días.

J. P. N.—Buenos Aires.—Vale, sí señor, y se publicará en cuanto haya un hueco. Pero, si repite, que no sea tan largo ¡por favor!

S. P.—Buenos Aires.—Ya vió usted que en el número anterior no contestamos á nadie. Hoy lo hacemos, aunque no con todas las cartas pendientes de respuesta, y con referencia á la suya nos permitimos decirle que ni el artículo ni los juegos de ingenio valen, á nuestro juicio, la mitad de un fósforo de los de cabecita azul.

Un catamarqueño.—Buenos Aires.—Que además de haber nacido en Catamarca, tiene la particularidad de no saber escribir con gracia ni con ortografía.

R. Z.—Córdoba.—Siento no poderle complacer en eso; pero si puedo servirle en otra cosa...

Don Jeremías.—Rosario.—

¿Que no es fruto, la fe, de almas impías?
Filosófico estáis, don Jeremías.

M. T. Río.—La Plata.—Apuesto cincuenta centavos á que es usted peluquero.

Incógnito.—Mendoza.—Habría para perecer de risa con él, si tuviera tantos chistes como incorrecciones.

F. I. Tandil.—¿*Inchada* sin hache? Ah, vamos, es que ha querido usted decir que estaba á medio hinchar.

Panqueque.—Montevideo.—Dice usted tonterías como puños.

El de siempre.—Montevideo.—Pues debe usted cambiar, si no tiene mucho interés en seguir siendo zonzo.



Cervecería Nacional

(Sociedad Anónima)

Caridad 350

Telefónica Cooperativa 2159
Unión Telefónica. . . . 14138

La que tiene que criar,
debe esta cerveza usar,
pues nutre de tal manera,
que hasta se le puede dar
al niño en la mamadera.

LOTERIA NACIONAL



Casa de Suerte ✶ · 19 VECES VENDIDA LA GRANDE ·

— DE —

63 PREMIOS DE 5000, 2000, 1000 y 500

JOSÉ PARDO Y ARAGÜES

CASA FUNDADA EL 12 DE OCTUBRE DE 1892

Próximamente gran liquidación de estampillas para colecciones



Gran surtido de albums de todos tamaños y útiles para coleccionistas

LA CASA RECIBE MENSUALMENTE NOVEDADES FILATÉLICAS DE EUROPA



Casilla 254 ✶ CALLE MORENO 574 al 78

BUENOS AIRES

GABINETE FOTOGRÁFICO

— DE —

CARAS Y CARETAS

INSTALADA convenientemente esta sección artística á fin de ofrecer al público las copias de los trabajos fotográficos hechos para el semanario, admitimos cualquier pedido que se nos haga, de



Reproducciones

Ampliaciones

Bromuros

Platinos, etc.

Los pedidos pueden hacerse á la Administración

CALLE MAIPÚ, 392


¡NO MAS CUERNOS!
CON EL
Descornador químico de John March
ÚNICO AGENTE
EN EL
RIO DE LA PLATA
Miguel Lanus
RIVADAVIA 1224
TRADE MARK
Usándolo una vez, tan solo una,
se le quitan los cuernos á la luna.
¡Ya no hay cuerno que aguante!
Todos desaparecen al instante.
BARATTI Hnos
INTRODUCTORES DE MUEBLES
Y PASAMANERÍA
CANGALLO
688
Son de tales condiciones
los muebles que hace esta casa,
que el más frágil de ellos pasa
por veinte generaciones.
GALLETITA FINA
BAGLEY & Co
LOLA
B. AIRES
FAVORITA DEL PUBLICO
FONÓGRAFOS
Y GRAFÓFONOS
J. R. GUPPY Y Ca
336
CALLE FLORIDA
336
Al músico, al orador,
al cantante y al actor
se oyen con este aparato.
¿Qué espectáculo hay mejor,
ni de precio más barato?
REAL HOLLANDS
LA REINA DE LAS
GINEBRAS
ÚNICOS
IMPORTADORES
W. PAATS
ROCHE
& Co
BS. AIRES
REAL HOLLANDS
Si yo fuera el Poder Ejecutivo,
ó tuviese con él mucha influencia,
habia de eximir de todo impuesto
á la casa que importa esta ginebra.
LA YA FAMOSA HESPERIDINA ES EL LICOR DE MODA.